

letrado, por perverso que fuera, tuvo valor ó audacia bastante para defender (1).

Pero se dirá: ¿Bacon rezagado? ¿Más retrógado que sir Eduardo Coke? ¿Asirse Bacon de las prácticas añejas y desacreditadas? ¿Bacon adversario del progreso? ¿Esforzarse Bacon en hacer retrogradar el humano espíritu? Palabras son estas por extremo extrañas y que se antojaran tal vez contradictorias; pero el hecho es cierto, y los que no están ciegos de preocupacion fácilmente podrán explicárselas. Porque si Mr. Montagu no alcanza ni se explica que un hombre tan extraordinario como Bacon haya cometido malas acciones, leyendo la historia se advierte que toda ella rebosa de las iniquidades de los hombres extraordinarios; que todos los grandes impostores, y los más renombrados enemigos de la especie humana, y los fundadores de gobiernos arbitrarios y de falsas religiones fueron hombres extraordinarios, y que las nueve décimas partes de las calamidades sobrevenidas á la humanidad no han sido sino producto de la fusion de inteligencias superiores y de bajas pasiones.

Bien lo sabía Bacon cuando decia que hay perso-

(1) Despues de haber escrito las líneas que preceden, Mr. Jardine ha publicado un libro lleno de sabiduria en orden al uso de la tortura en Inglaterra.

No es posible discutir en una nota el problema planteado por el autor en el cuerpo de su obra; pero si diremos de paso que para demostrar la legalidad de las *benevolences*, del impuesto de los barcos, de la patente de Mompesson y de la prision de Eliot; en una palabra, de todos los abusos que condena la Peticion y la Declaracion de derechos, podría invocarse todos los argumentos merced á los cuales trata de probar que la práctica del tormento era en lo antiguo ejercicio legitimo de la prerogativa régia.—Nota de la *Tauchnitz Edition of British Authors*, vol. 187. CRITICAL AND HISTORICAL ESSAYS BY MACAULAY, vol. III, pág. 54.

*nas scientiã tanquam angeli alati, cupiditatibus vero tanquam serpentes qui humi reptant* (1), y no habia menester ciertamente de su admirable sagacidad y de sus profundos estudios acerca de la naturaleza humana para descubrir lo que con observar y conocer su propio corazon le bastaba; porque la diferencia entre el ángel que remonta su vuelo al espacio infinito, y la culebra que se arrastra, son imágenes que le convienen y sirven á demostrar la diferencia que al juzgarlo resulta entre Bacon filósofo y Bacon fiscal, entre el Bacon que buscaba la verdad, y el Bacon que buscaba los sellos de Canciller. Por esa causa, los que sólo estudian á medias el carácter de Bacon, así pueden hablar de él con admiracion como con desprecio ilimitado; siendo necesario de consiguiente, para juzgarlo de una manera equitativa, comprender y abarcar á un tiempo mismo á Bacon en la especulacion y en la accion, en la teoria y en la práctica. Sólo así se comprende sin dificultad cómo el mismo individuo pudo hallarse rezagado y adelantado á su siglo, y cómo fué al propio tiempo el más atrevido y útil de los innovadores y el paladin más resuelto de los mayores, más odiosos é inveterados abusos. En su estudio, inspiraba y dirigia sus extraordinarias facultades en las más legítimas y honradas ambiciones, ilustrada filantropía y sincero amor de la verdad, sin que pudiera ninguna tentacion apartarlo del camino recto; como que ni Santo Tomás de Aquino pagaba honorarios, ni Duñs Scot conferia dignidades de Par. Pero muy luégo se trocaba el gran filósofo cuando salia del gabinete y del laboratorio para mezclarse á la multitud que poblaba las galerías de Whitehall, porque si no habia

(1) *De Augmentis*, lib. v. cap. I.

en toda ella hombre más apropiado que lo era Bacon á prestar grandes y duraderos servicios á la humanidad, tampoco hubo corazón más avaro de cosas que ningún hombre debe reputar por necesarias á su felicidad, y que las más veces no pueden adquirirse sino sacrificando á ellas la integridad y la honra; ni pudo ninguno mejor que Bacon ser guía de la raza humana en la senda del progreso, ni fundar como él sobre las ruinas de las antiguas dinastías intelectuales un imperio más próspero y duradero, ni hacerse más digno del respeto de las generaciones por venir que habrían honrado en él al más ilustre bienhechor de la humanidad; pero todo esto, con ser mucho, fué nada para Bacon mientras tuvo delante letrados en el banco de los jueces; mientras que toscos hidalgos lugareños, merced á ejecutorias compradas, le precedieron en las recepciones palaciegas; mientras que cortesanos casados con mujeres hermesas, y acaso por este sólo merecimiento, eran mejor acogidos en Buckingham-House, que no él con todo el caudal de su ciencia, ó mientras un bufon iniciado en los escándolos de la corte le aventajaba en el modo de hacer reír más tiempo á la majestad del rey Jacobo I.

Durante largo número de años se vió satisfecha en sus deseos la despreciable ambición de Bacon, y al cabo de ellos su sagacidad le hizo presentir el hombre que se hallaba destinado á ocupar el puesto más principal en el reino despues del soberano, leyendo acaso en la mente de Jacobo ántes que pudiera leer él mismo. Esta fué la causa de su amistad con Villiers, cuyo familiar se hizo, mientras la muchedumbre ménos perspicaz de los cortesanos proseguía deshaciéndose á reverencias y cortesías delante de Somerset. Mas áun cuando la influencia del

jóven privado iba en progresion constante, la lucha entre los rivales habria podido durar mucho tiempo todavía, de no sobrevenir un suceso medroso y criminal que á despecho de los mayores esfuerzos é investigaciones de la historia permanece todavía envuelto en el más impenetrable misterio (1). Con esto la caída de Somerset fué instantánea y tan repentina como era lenta, gradual é imperceptible la pérdida de su favor en la pendencia empeñada con Villiers, el cual una vez desembarazado y libre de su contrario tardó poco en alcanzar un grado de poder tan alto que ningún súbdito habia logrado hasta entónces desde los dias de Wolsey.

Habia muchos puntos de semejanza entre los dos célebres cortesanos que patrocinaron en épocas diferentes á nuestro Francisco Bacon, siendo muy difícil decir cuál de ellos poseía en grado superior el porte y los modales que tanto se aprecian de todos en la vida palaciega; pero no así que Villiers como Essex fueran bizarros por temperamento, y del propio modo que la mayor parte de los hombres que son bizarros por temperamento, francos entrambos y abiertos. Uno y otro eran asimismo audaces y obstinados, y aunque carecían de las dotes y del saber que son necesarios á los hombres de Estado, aspiraban al Gobierno de la nacion, cifrando su esperanza de obtenerlo en las maneras distinguidas

(1) El autor alude con esto al crimen imputado á Somerset de haber hecho dar veneno al poeta Overbury, su amigo, en venganza de la oposicion que mostró siempre al casamiento del jóven favorito con la condesa de Essex, que se habia separado de su marido. Somerset salvó la vida; pero la acusacion, el proceso y el alejamiento en que despues hubo de vivir de su patria fueron el martirio de su existencia.—N. del T.

que les habian valido triunfos en justas y en saraos, y debiendo Essex y Villiers su encubramiento al afecto personal del soberano; afecto que, así en uno como en otro caso, fué de índole tan extraña que puso en grande perplejidad á los contemporáneos y posteriores cronistas para definirlo, y dió motivo á especies tan escandalosas, que ántes nos inclinamos á suponerlas destituidas de fundamento que no averiguadas. Tanto Essex como Villiers trataron con rudeza insolente casi á los reyes cuyo favor poseyeron; mas si al de Essex perdió su altanería por hacer objeto de ella á una princesa tan altiva como él, y acostumbrada á la mayor sumision y acatamiento durante cerca de medio siglo, no aconteció lo propio con Villiers, por ser inmensa la diferencia de carácter entre la hija de Enrique VIII y su heredero; que Jacobo era tímido con extremo, y su temperamento, débil por naturaleza, no habia sido nunca confortado por la reflexion ó la costumbre. Y como, además, hasta el dia de su llegada á Inglaterra no fué su vida sino larga serie de humillaciones y de angustias, nunca pudo darse cuenta exacta de su oficio, siendo en toda ocasion, á vueltas del concepto elevadísimo que tenia del origen y grandeza de sus prerogativas, de sus teorías despóticas y de su título de rey, esclavo hasta la médula de los huesos. Como tal lo trató Villiers, y esta conducta, resultado casual del carácter de su valido, los dió tan buenos cual si fuera obra de un sistema político adoptado despues de maduras y reflexivas deliberaciones. Pero Essex aventajaba con mucho á Villiers, duque de Buckingham, en generosos sentimientos, hidalguía y amistades. A decir verdad, Buckingham no tuvo acaso nunca un solo amigo, excepcion hecha de los dos principes,

sobre los cuales ejerció sucesivamente tan extraordinario influjo. Essex fué objeto de idolatría para la nacion hasta el último instante de su vida; Buckingham, siempre impopular, excepto, tal vez por un momento, á la vuelta de su pueril é insulsa excursion á España (1): Essex cayó víctima de los rigores del gobierno, llorando todos su muerte, y Buckingham, aborrecido, declarado de una manera solemne por representantes de la nacion enemigo público, asesinado de un hombre del pueblo y sentido sólo de su amo.

El modo como se condujeron los dos favoritos con Bacon fué muy característico, y conviene tratar de él aunque no sea sino para demostrar la exactitud de la máxima tan antigua que dice que más dispuestos nos hallamos generalmente á querer á quien colmamos de favores, que no á quien nos los hace. Porque Essex abrumó á Bacon bajo el peso de sus beneficios, pareciéndole todos poca cosa, sin que nunca pasara por la mente del rico y poderoso magnate que aquel pobre abogado que trataba con tanta bondad y magnificencia no era su igual; y tan persuadidos estamos de esto, que creemos en la sinceridad de las palabras del Conde cuando decia que sin vacilar hubiera otorgado á Bacon la mano de su propia hija ó de su hermana, si aquél le pidiera una ú otra en matrimonio. Essex se hallaba penetrado de la importancia de su propio mérito;

(1) Cuando vino de incógnito á Madrid con el príncipe de Gales para tratar de su casamiento con la señora infanta hija de Felipe IV; negociaciones que fracasaron, abandonando primero la corte el de Buckingham y despues el príncipe, «con tan buen semblante como agraviado en el fondo.» Véase Cánovas del Castillo, *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España*. — N. del T.

pero no pareció nunca creer que tuviera título alguno á la gratitud de Bacon, demostrándolo cumplidamente aquel aciago día en que se vieron por última vez en la barra de la Cámara alta, pues si entonces acusó al antiguo amigo de perfidia, no le recordó los olvidados beneficios que de él había recibido; que, aun en tan acerbos instantes, con ser más amargos que la muerte, su noble corazón se negó á exhalar tales reproches.

Villiers, por el contrario, debió mucho á Bacon. Porque, cuando comenzaron sus amistades, sir Francisco era ya hombre de madura edad, ocupaba un puesto muy elevado y tenía hecha su reputación como político, jurisconsulto y escritor, mientras Villiers casi era un niño y segundón de familia poco renombrada entonces; acababa de entrar en la carrera de los favores y de la privanza, y nadie que no fuera perspicaz observador podía descubrir en él indicios de que se hallara destinado á vencer á sus rivales en la lucha empeñada. En estas circunstancias, pues, el apoyo y los consejos de persona tan acreditada como lo era ciertamente sir Francisco, debieron ser de la mayor importancia para el joven aventurero; más aunque Villiers le fuera deudor de mucha gratitud, siempre se mostró respecto de él frío y poco delicado, comparando su conducta con la del Conde.

Sin embargo, para ser justos con el nuevo favorito, fuerza será decir que muy luego empleó su valimiento en favor de Bacon, pues en 1616 prestó éste juramento como individuo del consejo privado, y en Marzo de 1617, al retirarse lord Brackley de los negocios, ocupó el puesto de Guarda-sellos (*Keeper of the Great Seal*).

El 7 de Mayo de aquel año, día de la inaugura-

ción, se dirigió á Westminster-Hall con gran pompa, llevando á la derecha al lord Tesorero y á la izquierda al lord Canciller del sello privado, y precedido y seguido de larga procesion de estudiantes, ugieres, pares del reino, consejeros y jueces. Y despues de tomar asiento en medio de todos sus acompañantes, dirigió á la ilustre asamblea un elocuente discurso, con cuyas palabras se demuestra cuán bien comprendía los deberes de la magistratura, que tan mal había de cumplir despues. A los ojos de la multitud, y acaso también á los suyos propios, fué aquel día el más hermoso de su vida, y acaso por eso no quiso dejarlo pasar sin evocar el recuerdo de las nobles ocupaciones anteriores de su inteligencia y de las que parecia separarse, diciendo así: «Quisiera poder ser libre y no pensar en los negocios de Estado durante las tres largas vacaciones, para entregarme de lleno al estudio, las artes y las ciencias, punto al que me llevan mis naturales inclinaciones.»

Los años que Bacon tuvo el Gran sello fueron los más tristes y vergonzosos de la historia de Inglaterra, y de su peor gobierno interior y exterior. Primero se verificó la ejecución de Raleigh, acto que hubiera podido tal vez defenderse á realizarse de la manera debida; pero cuyos detalles obligan á considerar como cobarde asesinato. A esto sucedieron tristísimos acontecimientos: la guerra de Bohemia, los triunfos de Tilly y de Espínola, la conquista del Palatinado, el destierro del yerno de S. M., la preponderancia de la casa de Austria en el continente, y la religion protestante y las libertades del cuerpo germánico escarnecidas y holladas. Al propio tiempo la política vacilante y limitada de Inglaterra era objeto de mofa para toda Europa. Porque el amor á

la paz que profesaba Jacobo, áun llevándolo al extremo y exagerándolo de una manera impolítica, hubiera sido respetable á ser inspirado del afecto á su pueblo; pero es lo cierto que mientras no podia disponer de recursos para defender á los aliados naturales de Inglaterra, echaba mano á los expedientes más arbitrarios y opresivos para dar á Buckingham y á su familia todo cuanto fuera necesario á engrandecerla de tal modo, que merced á ello eclipsara á la más antigua nobleza del reino. Exigíanse sin cesar *benevolences*, multiplicábanse las patentes de monopolio y se apelaba, siendo aquellos momentos de paz, aunque vergonzosa, á cuantos recursos hubieran podido inventarse para reponer un Tesoro exhausto tras prolongada y ruinosa guerra.

Débense de atribuir más principalmente los males y daños que á la sazón sufría el pueblo inglés á la debilidad del monarca y á la soberbia y ligereza del favorito; mas no por eso es posible declarar exento de culpa en los vicios de aquella detestable administracion al lord Canciller, pues mucha responsabilidad le toca en ellos, aunque no sea sino por haber refrendado y revestido del Gran Sello mientras estuvo á su cargo todas las patentes y odiosos privilegios que á la sazón se otorgaron, faltando á sus promesas, y principalmente á las contenidas en el discurso que pronunció al tomar posesion de su cargo. Y como en aquella sazón contrajera el compromiso de cumplir con prudencia y escrupulosidad esta parte de las funciones de su oficio, manifestando que «se conduciría de modo que todos vieran los móviles de su proceder, inspirado siempre y en todo en los intereses generales y no en las particulares conveniencias,» Mr. Montagu quisiera persuadirnos de que Bacon permaneció fiel á sus pro-

mesas, y añade «que no pudo el valimiento del privado vencer la resistencia del lord Canciller cada vez que las obligaciones de hombre público exigian de su parte oposicion á ciertos privilegios y mercedes.» Pero conviene preguntar á este propósito si Mr. Montagu estima las patentes de monopolio por cosa buena, ó si quiere dar á entender que Bacon se opuso á todas las patentes de monopolio que se le presentaron. Porque de todas las expedidas en Inglaterra, la más vergonzosa fué la de la exclusiva para la fabricacion de los encajes de oro y plata en favor de sir Giles Mompesson y de sir Francis Michel, los cuales pasan por haber servido de tipos respectivamente al *Ooverreach*, de Massinger, y al *Justice-Greedy*; monopolio cuyas consecuencias fueron necesariamente ocasionar en perjuicio del público la falsificacion de los metales empleados en la industria privilegiada. Mas, con ser de mucha cuenta el daño, era nada en comparacion de otros que causaban, pues los privilegiados recibian con sus patentes plenipotencias más extensas é ilimitadas que las conferidas á los arrendatarios de contribuciones en los países mal gobernados; y así podian registrar las casas y prender á los comerciantes sospechosos, como emplear su fuerza incontrastable en la realizacion de objetos de indole muy diversa, cual era en venganzas personales y en corromper la virtud de las mujeres. ¿No eran estos casos de los en que debia intervenir el lord Guarda-sellos de su propio movimiento para cumplir la obligacion en que estaba? ¿Lo hizo? Sí, por cierto; mas fué para escribir á S. M. «que habia examinado con detenimiento la utilidad y las ventajas del negocio relativo á los tejidos de plata y oro, que le parecia oportuno regularizarlo, que lo esti-

maba provechoso á S. M., y que, por consiguiente, sería necesario establecerlo con la premura debida;» todo lo cual quería decir en lenguaje liso y llano que cierta persona muy allegada de los Villiers compartiría con *Overreach* y *Greedy* (1) los despojos del pueblo; que así solamente mediaba é intervenía el principal guardador de las leyes cuando pedía el favorito privilegios lucrativos para su familia y sus deudos, y ruinosos y vejatorios para la masa del país. Pero, aún hizo más, porque después de auxiliar á los pretendientes y de secundarlos en sus planes de monopolio, los auxilió y secundó eficazmente para que los conservaran, reduciendo á prision y poniendo incomunicados á varios que se atrevieron á desobedecer sus tiránicos edictos. Parecénos que basta con lo expuesto para que puedan estimar nuestros lectores si Bacon procedió conforme á sus declaraciones en la cuestión de las patentes, y si merece las alabanzas que le prodiga su biógrafo.

No fué ménos reprehensible su conducta como magistrado, pues consintió que Buckingham le dictara muchas sentencias, sabiendo perfectamente que los jueces que dan oídos á las pretensiones de los particulares deshonoran la toga, y habiéndolo expuesto así á Villiers (2) con insistencia marcada poco ántes de ser canciller. «No toleréis, dijo al jóven cortesano á manera de provechoso advertimiento, en la carrera que os proponéis seguir, que nadie por ningún concepto ni pretexto influya vuestro ánimo de

(1) *Overreach* y *Greedy* valen tanto en nuestra lengua como *Tramposo* y *Voraz* respectivamente.—N. del T.

(2) *Williers* y *Buckingham* son dos nombres de la misma persona: *Williers* el apellido, y *Buckingham* uno de sus títulos.—N. del T.

palabra ó por escrito en órden á las causas pendientes de resolución; y sobre todo no consentais que ningún magnate ni poderoso haga tal cosa, si hallais modo de impedirlo. Porque cuando estas influencias tienen séquito y triunfan de los jueces, entónces la justicia no lo es, sino cosa corrompida; y áun dado caso de que sea el magistrado tan íntegro y severo cual debe, y que no ceda por nada ni por nadie á la intervencion y valimiento de quien trate de imponérsele, de grado ó por fuerza, basta que se haya manifestado el propósito de persuadirlo para hacer sospechosa de parcialidad la sentencia pronunciada.» Sin embargo de esto, áun no hacía un mes que Bacon ejercía el cargo de lord Guardasellos, cuando ya Buckingham comenzó á intervenir en las causas que se fallaban en la Chancillería, prevaleciendo sus influencias, como no podía ménos de suceder tratándose de ambos personajes.

Las reflexiones que hace Mr. Montagu acerca del pasaje que acabamos de trascribir, son amenas por extremo. «Nadie, dice, sentía más profundamente que Bacon el daño que causaba la intervencion de la Corona y de los hombres de Estado en los negocios judiciales, circunstancia que sube de punto el mérito de la exhortacion á Buckingham, y que áun resalta más por la indiferencia con que fué acogida del válido.» Pero ¿cómo es posible que haga mella un consejo en la persona á quien va dirigido cuando el que lo predica no da ejemplo de su doctrina? Léjos de nosotros defender á Buckingham; pero ¿es posible comparar su crimen al de Bacon? Buckingham era jóven, ignorante, ligero, y estaba, demas de esto, aturdido con la rapidez de su encumbramiento y la grandeza de su posición; y que quisiera servir en ella á su familia, á sus aduladores y á sus

queridas; que no comprendiera perfectamente la inmensa importancia de la recta administracion de justicia, y que se ocupara más de sus deudos y amigos que de los intereses públicos, cosa es natural y hasta casi perdonable; que más culpados son los que confían el poder á personas jóvenes, vanidosas, irascibles ó ignorantes que ellas mismas si lo ejercen mal. ¿Ni cómo tampoco podia suponerse que un paje, de carácter alegre, y elevado en la flor de su vida por extraño capricho de la suerte á la posicion más encumbrada del reino, respetara y atendiera debidamente aquellos principios fundamentales que deben presidir á los acuerdos y sentencias de la magistratura? En cambio, era Bacon el más distinguido de todos los hombres públicos que á la sazón habia en Europa; contaba más de sesenta años; habia reflexionado mucho en orden á los principios generales del derecho, y durante largo tiempo habia participado en la administracion de justicia diariamente; y reuniendo estas condiciones, y experiencia y sagacidad en grado sumo, es inadmisibile suponer siquiera que ignorase la falta gravísima que cometia suscribiendo sentencias dictadas ó impuestas de sus amigos y protectores, con infraccion manifiesta de los principios más elementales del deber; suposicion tanto más inadmisibile, cuanto que, como ya hemos visto, censuró en términos categóricos y admirables la conducta de los que tal hicieran. En este caso, como en todos los demas, débense atribuir las malas acciones de Bacon, no á falta de conocimiento, sino á otras de índole muy diversa.

Un hombre que se degradaba con tan poco miramiento á prestar servicios tan impropios del magistrado, no debia de mostrarse muy escrupuloso res-

pecto de los medios más conducentes á enriquecerlo. En efecto, él, y sus subordinados, movidos del mal ejemplo que les daba, recibian sin empacho alguno cuantiosos regalos de todos aquellos que tenían negocios en litigio ante la Chancillería. No es posible calcular la cuantía del botín que hizo Bacon de esta suerte, siendo sólo cierto que tomó para sí mucho más de lo que pudo probarse cuando fué procesado, y verosímil que atesoró ménos de lo supuesto por el público. Sus enemigos evaluaron entonces el producto de sus prevaricaciones en cien mil libras esterlinas; pero nos parece un tanto exagerada la cifra.

Aun tardó mucho en llegar el día en que hubiera de rendir cuentas; y como en el intervalo que separó el segundo Parlamento de Jacobo del tercero, la Corona gobernó arbitrariamente, pareció de todo en todo seguro y próspero el porvenir del Guardasellos. La posicion excepcional que ocupaba era eficaz tambien á poner más en evidencia la grandeza de su talento, y á dar más amenidad á su carácter, y á que resaltaran más todavía la urbanidad de sus maneras y la elocuencia de su conversacion; siendo en vano que murmuraran los litigantes, y que los patriotas puritanos se dolieran y lamentaran en sus apartados retiros al ver que aquel á quien habia colmado el Altísimo de las facultades propias á los iniciadores de reformas trascendentales, se afiliaba entre los partidarios de los mayores y más odiosos abusos; porque así las quejas como los lamentos apenas si llegaban á los oídos del Monarca y de su favorito, árbitro de su señor; y como entrambos sonreian benévolos y agradecidos á las liasonjas de su mutuo adulador, y esto sólo acrecentara su importancia en gran manera, la muchedum-

bre de los cortesanos y de los nobles buscaba su apoyo y su protección con afán solícito y diligente servilismo, mientras los hombres de ingenio y de saber acogían y saludaban con transporte la elevación de quien demostraba con su ejemplo que los hombres de saber y de ingenio comprendían mejor que los ignorantes laboriosos el arte de hacer fortuna.

Una vez se vió atajado, sin embargo, el curso de su prosperidad, debido acaso á que, á pesar de su talento, no pudo resistir sin experimentar una manera de vértigo los efectos de su elevación y de su grandeza, faltándole á las veces aquel imperio sobre sí mismo, y aquella consumada prudencia que aún fueron más eficaces á su prosperidad que no su ingenio extraordinario. Pero, si Bacon no supo aborrecer, porque la naturaleza de su venganza como la de su gratitud fué siempre tibia y floja, existía un hombre respecto del cual experimentó en todo tiempo encono y odio tanto más fuerte cuanto más hubo de reprimirlo y disimularlo; que los insultos y las vejaciones que le había inferido sir Eduardo Coke, cuando todavía era joven el agraviado y trataba por todos los medios imaginables de darse á conocer y crearse clientela, ni podían olvidarse ni dejar de producir invencible resentimiento en el corazón más pacífico y ménos ocasionado á querellas. Al ser promovido Bacon al cargo de Guarda-sellos, Coke perdió el puesto que ocupaba en el Tribunal Supremo, á causa de la resistencia tan terca que opuso siempre á la voluntad del Monarca, pasando desde aquel punto la vida en completo alejamiento de los negocios; mas, como la oposición que había hecho Coke al Rey, ántes fué resultado de su mal carácter que de sus buenos principios, y que á po-

car de su obstinación y aspereza carecía de verdadera dignidad y rectitud, no fundándose tampoco la obstinación que mostró en motivos de virtud, no halló dentro de sí las fuerzas necesarias á resistir la desgracia, y en vez de someterse al infortunio prefirió reconciliarse con el favorito; quedando en breve cumplidos sus deseos, y en aptitud de merecer nuevos favores.

Así las cosas, como sir John Villiers, hermano de Buckingham, buscara una mujer rica para casarse, y Coke tuviera cuantioso caudal y una hija soltera, se convino por ambas partes en concertar el matrimonio bajo ciertas cláusulas que convenían por extremo al pretendiente y lo remediaban; mas lady Coke, la misma dama que veinte años ántes había sido solicitada por Essex para Bacon, no vino en dar su consentimiento. De aquí se siguieron grandes disturbios domésticos, escenas de violencia y hasta escándalos; la madre arrebató la hija del hogar paterno y escapó con ella, y el padre se puso en seguimiento de los fugitivos, los alcanzó y recuperó su hija por fuerza. El Rey se hallaba entonces en Escocia y Buckingham con él, y en ausencia de ambos Bacon á la cabeza de los negocios en Inglaterra; y como aborrecía de todas veras á Coke, y además su prosperidad lo traía un tanto desvanecido, en un momento aciago determinó de intervenir en las disputas que traían revuelta y perturbada la casa de su enemigo. Se declaró en favor de lady Coke, y apoyó al fiscal del Tribunal Supremo en la sumaria que comenzó á instruir ante la Cámara Estrellada contra el proyectado matrimonio, siendo tal en su energía el lenguaje que empleó con este motivo en algunas cartas, que sirve á demostrar no sólo su extravío y falta de tacto y de prudencia en la ocasión, mas

también la ignorancia en que se hallaba del poder de Buckingham y del cambio que la posesion de ese mismo poder había verificado en su carácter. Poco tardó en recibir una leccion inolvidable, pues cuando el favorito supo la intervencion que había tomado en el negocio el lord Canciller, su resentimiento estalló con violencia extraordinaria, siendo más grande todavía el enojo de S. M., con lo cual comprendió Bacon sin tardanza su error y la magnitud de las consecuencias que podría tener. Pero si la fortuna lo alucinó un espacio, luego al punto la vecindad del peligro le restituyó su natural y claro juicio, poniéndolo en posesion de sí mismo. Comenzó por pedir perdón humildemente de cuanto había hecho, mandó al fiscal suspender las actuaciones contra Coke, manifestó á la esposa que nada más podía esperar de él, anunció á las dos familias que deseaba favorecer el casamiento, y despues de dar estas muestras de contrición, se aventuró á presentarse casa de Buckingham. El cual, como entendiera que aún no había hecho lo bastante, ni humilládose cuanto él quería el anciano que fué su amigo y bienhechor en otro tiempo, y que á la sazón era el funcionario más elevado del reino en el órden civil, y el literato más eminente del mundo, dicen que dos días consecutivos lo tuvo esperando en una antecámara sin recibirlo, confundido con sus criados. No desistió Bacon por eso, ni llevó á mal el tratamiento, y con el gran sello de Inglaterra, insignia de su magistratura suprema, tomó asiento en un cofre y aguardó á que se abrieran para él las puertas del aposento. Al fin logró penetrar á la presencia de Buckingham, y arrojándose á sus plantas le besó las hebillas de los zapatos, diciendo que no se levantaria del suelo mientras no lo perdonara.

Es posible que sir Anthony Weldon haya exagerado los detalles de la entrevista, refiriéndola tal y como la trascribimos nosotros; pero no lo es imaginar que una relacion tan circunstanciada, escrita por persona que afirma ser testigo presencial de los hechos, carezca por completo de fundamento, y ménos todavía cuando desgraciadamente no hay razon para dudar de su exactitud ni en el carácter del favorito, ni en el de Bacon, pues así en el uno como en el otro son creibles la insolencia y el servilismo que mostraron. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que hubo entre ambos personajes reconciliacion, humillante para el Canciller, y que su recuerdo no debió de borrarse nunca de la memoria de Bacon, pues ya no fué osado en ningun tiempo á contrariar á nadie que llevara el apellido de Williers, dominando y reprimiendo las pasiones que, por primera vez de su vida, le hicieron faltar á la prudencia. No paró aquí, sino que vino en reconciliarse también con Coke, siquiera fuese aparentemente, y aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron de servirlo y complacerlo, evitando todo aquello que pudiera causarle molestia y despertara los instintos brutales de su enemigo de siempre.

Aparte de esto, y á no juzgar de la vida de Bacon sino por las apariencias mientras ejerció el oficio de canceller, fué muy envidiable, pues su ostentacion era grande, y la venerable casa paterna que habitaba en Lóndres rebosaba de lujo y magnificencia. En ella, denominada York-House, celebró el mes de Enero de 1620 su sexagésimo aniversario en compañía de numerosos amigos. Ya por entonces había trocado Bacon su título de Guarda-sellos por el más elevado de Canciller, y Ben-Jonson, que acudió á la fiesta conmemorativa de que hablamos,